

Un huésped ilustre y desconocido del convento de San Telmo:
Fr. Bartolomé de los Mártires, arzobispo de Braga (1561)

Al margen de la preciosa conferencia de D. Gonzalo Manso de Zúñiga y Churruga, **Historia del Monasterio de San Telmo**

por

Robert Ricard*

(Profesor de Estudios Lusitanos en la Universidad de París)

El profesor Robert Ricard es una de las más destacadas figuras del hispanismo francés. Hallándose en 1922 en Madrid, en viaje de estudios para perfeccionar sus conocimientos de arqueología clásica, el encuentro con España suscitó en él una nueva vocación, a la que ha permanecido fiel en lo sucesivo. El joven Ricard cambió entonces los monumentos antiguos por los temas hispánicos, que estudió en Madrid mismo, Sevilla, Salamanca, Portugal y Méjico. Varios años catedrático de segunda enseñanza, Director General de Instrucción Pública en Marruecos francés, y titular hasta 1946 de la cátedra de Estudios Hispánicos de la Universidad de Argel, Ricard es desde dicho año catedrático de Estudios Lusitanos en la Sorbona.

Espíritu profundamente religioso, su interés se encamina preferentemente hacia los más elevados aspectos de la vida espiritual, siendo muy notables sus trabajos sobre los escritores ascéticos y místicos del Siglo de Oro español. Su magnífica tesis doctoral acerca de la «Conquista espiritual de Méjico» por nuestros misioneros del siglo XVI (traducida al castellano y editada en aquel país) es una valiosísima contribución al estudio de la obra evangelizadora y civilizadora de España en América.

Vinculado a Vasconia por lazos de cordial amistad y de interés erudito, el profesor Ricard nos honra hoy con el envío de esta curiosísima glosa histórica, escrita en castellano por él mismo, y en la cual saludamos gozosos el establecimiento de contacto — que deseamos estrecho, continuado y fecundo — de nuestro BOLETIN con los círculos científicos de la capital de Francia.

Es bien conocida la figura del dominico portugués Fr. Bartolomé de los Mártires (1514-1590), amigo y discípulo de Fr. Luis de Granada, que ocupó la sede arzobispal de Braga desde 1558 hasta su renuncia en 1581-1582. En 1561, designado por la reina regente doña Catalina de Austria entre los prelados que debían representar a la Iglesia portuguesa en el Concilio de Trento, atravesó España de camino hacia la ciudad italiana. Nos cuenta su biógrafo, el gran prosista portugués Fr. Luis de Sousa, que viajaba con austera sen-

cillez y se hospedaba en los monasterios de su Orden como si fuese simple religioso, ocultando su alta jerarquía. En Palencia por poco lo pasó mal, pues tropezó con un prior tan austero y observante como él, que estuvo a punto de mandarle a la cárcel, creyendo que viajaba sin permiso de los superiores, de modo que el arzobispo tuvo que revelar su verdadera personalidad. En Burgos hubo de hacer lo mismo, porque le alcanzó en el convento dominicano de dicha ciudad un correo de Portugal que le traía una carta del rey. Llegó por fin a la última etapa de su jornada por tierras españolas, y he aquí lo que escribe su biógrafo:

«De esta desgracia de Burgos, que por tal la tuvo el Arzobispo, »se pagó luego a su voluntad en otros conventos; especialmente »en uno muy observante que sospecho debía de ser en uno de estos »dos lugares de Vizcaya, Vitoria o San Sebastián, que ambos tienen »casa de la Orden y en ambas entró. Llegó a la portería solo con »su compañero, como acostumbraba, le recibieron con alegría y »sin que nadie sospechase o imaginase quién sería, y de cama y »mesa fué tratado como verdadero religioso pobre, ni faltó frío »como en la sierra. Por la mañana siguiente, se fué a la celda »del prior para pedirle licencia y recibir su bendición antes de »marchar; el prior le rogó comiese algo primero, pues había de »caminar, y a pie, según pensaba. El Arzobispo no aceptó el »almuerzo, y el caritativo prelado, con religiosa sencillez, le instó »a que por lo menos quisiese llevar para el camino un par de »panes y unos pescaditos del río, que le había mandado preparar »para que no saliese en ayunas. No tuvo el Arzobispo comida »más sabrosa en todo su camino hasta Trento; lleno de alegría »sacó un cuchillo de la faja, cortó un pan de por medio, le puso »dentro los pescaditos que cupieron, y lo dió a su compañero; »luego hizo lo mismo con el otro pan, y después de envolverlo »en un lienzo se lo ató a la faja. Contento con tal alforja y »haciéndose cargo de que la recibía de limosna como pobre de »Cristo, dió las gracias por ella y por el demás agasajo al prior »y a los religiosos, encomiando mucho la santidad y buena sombra »de la hospitalidad que practicaban para con los humildes extran-

»jeros, quedando en su alma muy edificado de ella y de ellos». (Fr. Luis de Sousa, **Vida de D. Fr. Bartolomeu dos Mártires**, Lib. II, cap. III, ed. Augusto Reis Machado, I, Lisboa, 1946, páginas 181-182).

Aunque conocía España, Fr. Luis de Sousa no había estado en las provincias vascongadas y no puede dar más precisiones a este respecto; pero es muy posible que la anécdota que nos refiere ocurriera en San Sebastián: peces pescados en el Urumea serían los que el prior, con ingenuidad fraternal y bondadosa, ofreció para viático al arzobispo disfrazado de humilde fraile, y en el monasterio de San Telmo se hospedaría según esto, el insigne Bartolomé de los Mártires; su recuerdo debe quedar ligado a la historia de la ilustre casa, y los detalles que nos da su biógrafo atestiguan la vida pobre y observante que en ella se llevaba (1). La fecha del acontecimiento no se puede precisar del todo. Pero sabemos que el Arzobispo salió de Braga el 24 de marzo de 1561 (Sousa, Lib. II, cap. I, t. I, pág. 172) y llegó a Milán a 10 de mayo (*ibid.*, cap. IV, pág. 186). Es de suponer, por consiguiente, que su estancia en San Sebastián tendría lugar a fines de marzo o a principios de abril de 1561. Indagando en los textos y documentos referentes a la historia del convento de San Telmo, creo no sería difícil descubrir cómo se llamaba el buen prior que obsequió con un banquete de dos panes y unos pescaditos a todo un arzobispo de Braga, primado de Portugal y futura lumbrera del Concilio de Trento.

(1) El convento de San Sebastián era hijo de la Reforma dominicana iniciada por Fr. Juan Hurtado de Mendoza; tuvo en 1531 como principal fundador y primer prior a Fr. Jerónimo de Padilla, que después pasó a Portugal en 1538 para reformar la Provincia dominicana de aquel país, muriendo en Lisboa al cabo de pocos años (véase P. Vicente Beltrán de Heredia, O. P., *«Las corrientes de espiritualidad entre los Dominicos de Castilla durante la primera mitad del siglo XVI»*, Salamanca, 1941, páginas 99-100). No es imposible que, de joven, Fr. Bartolomé tratase en Portugal al P. Padilla.